

Padres y maestros se culpan mutuamente de los «males» reales o imaginarios de la educación. Algunos maestros denuncian que es cada vez más creciente el número de padres que no se dejan ver más allá de las puertas de la escuela. Y respecto a los que acuden, consideran que «lo enredan todo» y que no están preparados para intervenir ni participar en la escuela; que les falta formación en materia de enseñanza; que invaden sus competencias técnico-pedagógicas; que coartan la libertad del profesor de la clase; que muchas veces se muestran intransigentes; que no hacen caso de lo acordado y, finalmente, la mayoría de las veces sólo se refieren a cuestiones de tipo personal: «mi hijo...». Por el otro lado, numerosos padres se quejan (y aquí se abre la puerta a todo tipo de generalizaciones) de la falta de interés de tal o cual maestro por la clase y por su hijo; de la falta de disciplina del centro y de los alumnos; de la falta de vocación y profesionalidad de los maestros; de la baja calidad de la enseñanza; de su exclusión en la elaboración de las líneas pedagógicas del centro y en las decisiones del claustro. De este modo, el movimiento pendular de la culpa y de la agresividad va de un extremo a otro, de padres a maestros o viceversa, alejando cada vez más los cauces de entendimiento para llegar a acuerdos concretos y funcionales.

FIGURA Y FONDO EN LOS CONFLICTOS PADRES/MAESTROS

En el transcurso de los conflictos de padres y maestros, intervienen entrelazados diferentes aspectos psicossociológicos: cambios sociales; búsqueda del sentido actual de la educación y del concepto de libertad individual; desmitificación del saber y del «principio de autoridad»; competitividad / pasotismo; proyección de la agresividad generada por la crisis económica y ocupacional; inseguridad y sentimiento de culpa producidos por la incertidumbre frente al porvenir y a las incongruencias entre valores éticos proclamados y realidad vivida en el presente. Angustia frente al cambio

Tanto los padres como los maestros de las últimas décadas tendían a vivir el concepto de educación como un mundo de «certidumbre», de solidez perceptual indiscutible: «un niño al cual se le pagaban buenos estudios iba a hacer una buena carrera, y lo aprendido le serviría para toda la vida». La crisis económica y los cambios tecnológicos se encargaron en los últimos



RECUERDOS DE LA ESCUELA POR JOSÉ BENÍTEZ

Dice un viejo relato, a nadie le es dado saltar hacia delante sin ir acompañado de su propia sombra. Y yo digo, no es posible modernizarse sin estar asistido de la tradición. Para entender como somos, debemos comprender lo que fuimos. Tradición, costumbres, cultura, presente y pasado... son conceptos que nos permiten recuperar regiones de la memoria colectiva, dialogando desde el presente con las huellas que el pasado ha dejado en nuestra memoria. Este es el asunto, buscar en los rincones de nuestra memoria hechos de nuestro paso por la escuela. Os lo propongo a todos los que queráis recordar esa parte entrañable de nuestra vida, pues junto con el hogar y el entorno son huellas imborrables de nuestra memoria personal.

La reconstrucción de esta memoria de la escuela, quizás nos permita rescatar del olvido esas imágenes, ahora borrosas, pero que están ahí, en lo recóndito de esa misteriosa facultad de nuestra mente. Vamos a intentar limpiar esas imágenes empañadas, para ello trataremos de recordar: los espacios y los tiempos, a nuestros maestros y compañeros, lo que aprendíamos y cómo nos lo enseñaban, qué programas se desarrollaban, los materiales que usábamos, de qué procedimientos de disciplina se servían los maestros para regular la convivencia en las aulas y otros hechos que por algún motivo se nos han quedado grabados para siempre, bueno para mucho tiempo, porque todavía nos acordamos.

Somos fundamentalmente memoria. Memoria y olvido. Y esta memoria tiene siempre como referencia unos lugares. Cuando recordamos la escuela acuden a nuestra memoria imágenes que se asocian a los espacios. La clase: un crucifijo, un retrato de Franco, quizás otro de José - Antonio y probablemente una lámina coloreada de la Inmaculada, esta era la disposición de la Dirección General de Enseñanza hace 50 años. También la mesa del maestro, en ocasiones sobre una tarima, el mapa, el armario, la pizarra de cemento o chapeada, los pupitres con tinteros, quizás bancos o gradas. Yo me sentaba en un pupitre que me colgaban los pies y me tenía que poner de pie en el asiento para llegar al tintero. Era mi primera escuela, la de la señorita Julia, en la planta de arriba de su casa, con un balcón que daba a la calle El Pez. No estaba protegido y nunca pasó nada. Con el suelo de maderas que sonaban y alguna astilla que descubrí en aquellos largos ratos de "ponte de rodillas". En esos tediosos descansos daba tiempo a observar todo lo habido y por haber: el

interruptor de loza, que había que dar con el quid para que la luz se encendiera, los cordones trenzados de la luz con innumerables puntitos negros, las jicaras que los sujetaban, los empalmes que parecían dedos vendados. El aparato del flit para matar a las causantes de los puntitos. La música de los cristales en los días ventosos. Los chinitos, el cafilello y el negro, para la custeación de turno. La calefacción de la clase de leña o serrín prendida a veces con viejos libros. La estantería de pared siempre con los mismos libros, siempre con los mismo forros, con el mismo polvo y yo con el enigma de siempre.

La escuela de la señorita Julia era unitaria y mixta. Unitaria porque ella era la única maestra y mixta porque era para niñas y niños. Se ocupaba de niñas y niños (entre 50 y 60 alumnas /os) cuyas edades y conocimientos eran muy diversos. Hermanos de diferentes edades y sexo, mi caso. Como en todas las unitarias el problema radicaba en distribuir su esfuerzo, su trabajo entre el conjunto de alumnos. Para intentar solucionarlo había que actuar de dos formas: atender uno por uno a cada niño, con el inconveniente de qué hacíamos mientras tanto los otros, pues entregados a nuestra propia iniciativa alterábamos con frecuencia el aula y la otra solución consistía en clasificar a los alumnos en grupos o secciones en función de su nivel de conocimiento y los que aproximadamente tenían el mismo nivel, trabajaban simultáneamente. Para auxiliarles en estas tareas nombraba alguna ayudante de las mayores y cooperaba gustosamente a "tomar la lección", a enseñar a leer a los más pequeños o a "mirar las cuentas".

Había escuelas sólo para niñas, las monjas y sólo para niños, los frailes. La Escuela Nacional era graduada, varios maestro y maestras daban clase a niños y niñas, aunque en diferentes aulas.

Aparecen también las escuelas nocturnas. "Abre escuela" la enseñanza no reglada (algunas sin titulación) a la que asistían los que no podían ir a la escuela durante el día o aquellos que no lo pudieron hacer a su tiempo. Era una alternativa contra el alarmante analfabetismo (Campana de Lucha contra el analfabetismo). Durante los meses de invierno estas escuelas enseñaban a leer, escribir y las cuatro reglas. A veces preparaban de algunos temas específicos y contribuían a solventar las nuevas necesidades sociolaborales.

Me estoy acordando ahora de los problemas que planteaban el recreo y el excusado en algunas escuelas, como que lo tenían que hacer en público.

Nuestros maestros y maestras nos aparecen representados en su porte físico, en sus gestos y actitudes, en su indumentaria, en sus modos de

claro que mientras las transformaciones

AUTOCARES DEMETRIO ÁLVAREZ

C/ Cervantes, 4 C.C. El Faro
Teléfono: 925 750 119
15516 LA PUEBLA DE MONTALBAN (Toledo)
Gibraltar Corral 5
Teléfono: 925 792 486 - 936 962 041
15500 TORREJOS (Toledo)

Dulces Sagrario

Callejón de los Bodegones, 3
15516 LA PUEBLA DE MONTALBAN
(Toledo)

PUBLICIDAD

Mesón Villahermosa

Calamares, gambas, tapas...

Tel: 925 750 439

Plaza Mayor, 5. La Puebla de Montalbán

Socios, comidas por cerveza...